

## Editorial

*Álvaro Bautista-Cabrera*

La literatura no es otra cosa que escritura del *Yo*. Sin embargo, hay *yos* que se esconden y otros que se manifiestan sin recato. En fin, las literaturas son construcciones de una ficcionalidad que multiplica sus tramas. No hay *yo* escrito sin juegos y alteraciones con respecto al *Yo* sustentado en un ser de carne y hueso. Quizá a veces habla más la carne que el hueso, y cuando hablan los huesos el pathos de las palabras oscurece el lenguaje.

En la vida cotidiana se presentan ocasiones en las que el *Yo* no se reconoce en algo que efectivamente ha dicho. Esto no suele suceder sin pena con los enunciados en los que el *Yo* trata de adecuar verdad y referencia, pues en este caso la verificación es posible. Más complejo es verificar cuando expresamos dudas, sueños, pareceres, tentativas, opiniones en formación; a veces describimos un dolor y nadie lo entiende. Quizá el fanático sea un buen caso de opiniones encarnadas. Cuando un fanático manifiesta una determinada concepción de la vida, inferimos con rapidez una alianza entre ese ser y lo que dice.

El caso es que la relación entre el *Yo* y el decir de ese *Yo* es no siempre nítida y clara. Al consultar una persona que no nos estima, podemos ser víctimas de informaciones equívocas. Las relaciones entre las palabras y los *yos* no excluyen el engaño. Los misterios que hay entre el *Yo* y el lenguaje son enigmas que suelen menguar la comunicación diaria para poder vivir en sociedad, pero que se multiplican con la escritura literaria. Se podría argüir que esta es una caja de sorpresas en cuanto a la ambigüedad y los juegos del *Yo*.

La literatura del *Yo* —llamada antes lírica—, ha pasado a convertirse en escrituras del *Yo*. Estas hacen referencia a escrituras en las que se supone que entre el *Yo* y la palabra hay una relación de sinceridad, de testimonio y reseña de lo experimentado, como en los diarios, cartas, apuntes, dedicatorias, etc. Decir lo que no se puede decir obliga al autor de ficciones a procesos de disfraz como cuando Cervantes adjudica la autoría del *El Quijote* a un morisco llamado Cide Hamete Benengeli. Sin embargo, contar bajo la máscara de la ficción implica comprometer al *Yo* con una trama. Quizá la autoficción no sea más que la estrategia del escritor que quiere contar una trama en la que algunos hechos son experiencias vividas y otras no, y quizás la conexión entre estos —tal vez para encontrarle sentido a lo vivido.

Garabateo lo antes mencionado ante este número 53 de *Poligramas*, mientras leo *Lo que no fue dicho* de José Zuleta Ortiz (2021), una novela que ficcionaliza la experiencia del hijo con su padre, Estanislao Zuleta, uno de los pensadores claves de los últimos decenios del siglo XX de Colombia. Es un equívoco creer que Estanislao habita estas páginas sin la ficcionalidad del hijo, trama que recrea los vericuetos de Zuleta hijo buscando a la madre perdida y sus diversos artificios para ser escritor. Autoficción dirán algunos, novela de un *Yo* que se forma en medio del desamparo y la entereza.

diciembre de 2021

Nota editorial

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i53.11869>

## **Referencias**

Zuleta, José. *Lo que no fue dicho*. Bogotá: Seix Barral. 2021. Impreso.